

un derecho en los que amamos la libertad—¿qué digo derecho?—es un deber, mostrar con la historia en la mano á esos hombres, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, alma y no entienden, que si la autocracia ha muerto para siempre, si las aristocracias teocráticas son imposibles, si la casta bárbara y cruel se ha pulverizado y se ha roto, si el siervo ha levantado su cabeza de la gleba y ha pedido el pan del alma, el derecho á sus señores, si la libertad ha penetrado en nuestros códigos políticos y la igualdad en nuestros códigos civiles, y el sentimiento de humanidad en el corazón de todos los pueblos, para unirlos é identificarlos en un mismo destino, y para que todos caminen con los ojos puestos en la columna de fuego del ideal religioso á la tierra prometida; si se han realizado todas estas maravillas, se debe, señores, se debe aldivino espíritu religioso y social del Cristianismo, He dicho. (Estrepitosos y repetidos aplausos.)

LA FILOSOFÍA GRIEGA.

LECCION SEXTA.

SEÑORES:

Mal podríamos comprender cómo se van á encontrar, cómo van á luchar el principio cristiano y el principio de la civilización antigua, si no estudiásemos aquella región misteriosa, donde se forjan todas las grandes ideas, donde amanece la luz de los siglos, la filosofía. Mas para estudiar la filosofía es necesario convertir los ojos á esa nación feliz, que meditando sobre el pensamiento y la naturaleza, encierra en su alma toda la ciencia abstracta y todo el ideal del mundo clásico, á Grecia. ¡Ah! señores, nuestro estudio en esta noche ha de ser por precisión árido. Yo bien sé que voy á defraudar las esperanzas de los que más que á oír las ideas, vienen á escuchar la música más ó ménos armoniosa de la palabra del orador, músi-

ca que en mí es siempre desacorde é ingrata, pero sería profanacion grande é imperdonable dejar el fuego del pensamiento por correr tras las vanas y fugaces galas de las formas. Tiemblo, señores, al acercarme á la filosofía griega; tiemblo, como si una gran corriente eléctrica sacudiera todo mi cuerpo; tiemblo, porque así como en las lecciones pasadas, al hablar del Cristianismo, he hablado de Dios, y de Dios toda grandeza puede y debe esperarse, al hablar de la filosofía griega, voy á hablar del hombre, y del hombre abandonado á sus fuerzas, y parece que no es de esperar del hombre, sér tan débil, ese esfuerzo gigantesco para levantarse á la última y más luminosa region del pensamiento y de la ciencia. Pero, señores, si alguna vez hubiera dudado (que no he dudado nunca) de la verdad del progreso, todas mis dudas se hubieran desvanecido delante de la mágica filosofía de Grecia. Como pintan los geólogos la formacion de la tierra, inmensa masa de fluido que ardiendo rodaba por lo vacío, como las llamas de un gran volcan, llevando una corona de volatizados gases, masa grande, enorme, que un dia se enfrió y recibió en su seno, como hermoso celeste manto, las aguas, y produjo, por sucesivas convulsiones, los minerales, las montañas, los primeros bocetos de los vegetales, especie de inmensas raices, que levantándose al aire y á la luz en séries progresivas, llegaron á producir la

palmera, el cedro, corona de los montes, á cuyos piés se estrellan los huracanes y los siglos, y la flor, esa suerte de remate de la vida de los vegetales, esa imágen del pensamiento, que tiene todos los colores del iris, todas las esencias de los más suaves aromas, y encierra los gérmenes y el amor del mundo vegetal, que por una progresion armónica, tambien de su vida, debia desarrollarse y ser completado por ese otro mundo más heroso, más perfecto, que se llama el mundo animal, en el que recorre la organizacion todos los grados, desde la silenciosa esponja y los dormidos corales que habitan en el seno del Océano, como la animacion de la vida vegetal submarina, hasta la mariposa que sale del cáliz de las flores, y tiene todos sus matices y parece como una hoja de las flores que vuela; y desde la mariposa hasta el ruiseñor, que en la callada noche, á la luz de la luna, suspendido en la rama de un árbol florido, meciéndose dulcemente, regala con sus arpegios de amor los gérmenes de su vida encerrados en su nido; sér, que parece el profeta del mundo de la inteligencia y del arte; hasta que por una série de organizaciones sucesivas, que todas se enlazan, aparece el hombre, en cuya frente Dios, con su aliento vivificador, derramó el soplo inmortal, la vida, que pertenece al cielo, el espíritu; así, pues, como recorren los séres orgánicos estas gradaciones, así el pensamiento del hombre

se encierra primero en el caos confuso del Oriente, donde no se distinguía de la naturaleza, y progresa en la escuela jónica, que buscó ya un principio para explicar el mundo; se espiritualiza en Pitágoras, que ya encontró un principio abstracto, el número; se desarrolla en la escuela eleática, que encontró lo infinito; llega á su más alta concepción en Sócrates, que fundamentó la ciencia en el hombre; crece en grandeza con Aristóteles, que halló las relaciones del hombre con la naturaleza, y con Platon, que halló las relaciones del hombre con Dios; hasta que por fin este pensamiento, hijo de tantos genios, desarrollado al calor de tantas almas, llega á recibir el espíritu divino con la sublime y revelada doctrina del Cristianismo. (Aplausos prolongados.)

No hay, señores, no hay en verdad gran afición en nuestra patria á los estudios filosóficos. Han sido mirados siempre con desden, con menosprecio. Unos han creído que todo pensamiento libre es una rebelion contra Dios, como si Dios nos hubiera dado el pensamiento para que durmiese largo sueño, y otros han creído que nuestro clima ardiente no es idóneo para la filosofía, como si en el clima ardiente de la Ática no hubiese nacido Platon, como si en las encendidas arenas de Alejandria no hubiera meditado libremente Plotino, como si en las regiones abrasadas del África no hubiera nacido San Agustin, como si el alma, que

es del cielo, estuviera enterrada en las cenizas de la tierra.

Pero yo, que estoy resuelto á decir la verdad, toda la verdad, debo declarar que el origen de este grave, gravísimo mal, se encuentra en las entrañas de nuestra misma historia. Nadie como yo adora nuestras glorias, que todos los dias repito á una juventud más inteligente que yo, pero tan entusiasta como yo; nadie respeta como yo á nuestros padres, aquellos héroes que con los ojos puestos en el cielo, el pensamiento en Dios, el corazon en la patria y el deseo en la victoria, descendian, guiados por el divino lábaro de la Cruz, desde las altas montañas de Covadonga, desde las crestas del Pirineo, á destruir las razas del desierto, que encendidas en grandes pasiones por el soplo de fuego del profeta, ardiendo en anhelo de glorias y conquistas, se habian derramado por nuestros campos y montes, amenazando encerrar como esclavizadas sultanas todas las naciones de Europa en su serrallo; horrible amenaza, que se hubiera cumplido con eterna mengua de nuestra civilizacion, á no ser por el ardimiento de nuestros padres, los cuales, si se llaman aragoneses y catalanes recorren de victoria en victoria el Pirineo, dominan hermosas ciudades, rompen y desbandan numerosísimos ejércitos, entran victoriosos en el Mediterráneo, reinan en sus ondas, redimen á Valencia y á Mallorca, conquistan á

Sicilia, á Nápoles, ponen miedo en los reyes de Francia, terror en los esclavos señores de Avignon; y faltándoles tierra para sus hazañas y sus glorias, corren á Oriente, á Grecia, detienen como gigantes en sus hombros el vacilante imperio bizantino, y llenan con la luz de su gloria y de su fama los ámbitos de Europa; y si se llaman castellanos, reconquistan regiones inmensas, pasan al África, lavan en sangre mora la afrenta del Guadalete, ahuyentan de los mares los turcos, y merecen que Dios, cual si creyera poco espacio al poder de las armas y de las glorias castellanicas los viejos continentes, levante un nuevo mundo en el desierto Océano, donde pueda ejercer esta maravillosa raza su indomable actividad; hazañas inmortales, tanto más grandes, cuanto que están escritas con la sangre y la afrenta de los más poderosos guerreros; de Carlo-Magno, vencido en Roncesvalles; de Carlos de Anjou, vencido en Mesina, en Nicotenia y en Catania; de Francisco I, vencido en Pavía; de los grandes conquistadores de Constantinopla, vencidos en las hirvientes aguas de Lepanto, eterno sepulcro de la media luna, próxima entonces á convertir el Mediterráneo, el mar de la civilizacion, en ponzoñoso lago turco; hazañas inmortales, que están escritas en nuestro corazon, que hemos oido á nuestros padres, que referiremos tambien con orgullo á nuestros hijos; hazañas que invocaban los

héroes de la patria independendia, cuando, sin más armas que sus brazos, ni más escudos que sus pechos, rompian las legiones del gran guerrero del siglo en Bailen, Talavera, Gerona, Zaragoza; hazañas inmortales, con que hemos contribuido maravillosamente á la civilizacion universal; hazañas que todo buen español guarda en la memoria, que serán ahora y siempre los timbres de la patria y el ejemplo de sus heroicas generaciones. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

Pero llega una edad terrible, pavorosa, el absolutismo de nuestros reyes; edad de luto y de vergüenza, cuyo recuerdo causa aún horror y espanto; cae Padilla en aquel triste y lluvioso dia de Villalar, en que hasta el cielo lloraba la muerte de nuestras venerandas libertades; cae Lanuza, herido y destrozado como los fueros aragoneses por la huesosa pálida mano de Felipe II; caen nuestros municipios, que habian dado valientes soldados á nuestros ejércitos, grandes poetas á nuestro parnaso; se cierran, no se cierran, se prostituyen las Córtes, aquellas Córtes, que desde el sitio de Cuenca hasta los muros de Granada habian asistido al rey con el oro de los pecheros para recobrar el patrio suelo; se rompen las lanzas de nuestras milicias municipales, aquellas gloriosísimas milicias que habian vertido su sangre desde las Navas, acompañando á D. Alonso VIII hasta Orán, acompañando al gran Cisneros; el

génio de nuestras victorias se eclipsa; nuestro poderío se hunde; tórnase cabalística y gongorina nuestra sencilla literatura, rebuscada y aguda nuestra elocuencia; arden las hogueras de la Inquisicion, que en nombre de Dios quemán á sus criaturas; la Inquisicion, que devora los manuscritos de Santa Teresa y persigue á Fray Luis de Leon, al paso que permite las indecentes gracias de Tirso; la Inquisicion, que corta el vuelo del pensamiento hácia la eternidad; este pueblo se torna enfermo, hechizado, é impotente como el último vástago de aquella raza de reyes, hasta el punto de que todos los que antes miraban á España de rodillas, temblando, pidiéndole su amistad, quieren repartírsela como los despojos de un combate; y entonces el pensamiento y la ciencia que solo viven á la luz del dia, huyen de nosotros, porque el pensamiento y la ciencia huyen siempre de los pueblos que se entregan á la coyunda vil del despotismo. (Estrepitosos aplausos.)

Es necesario, pues, no olvidar la causa de la decadencia de nuestro espíritu filosófico, para que en lo sucesivo evitemos esta desgracia. Veamos ahora, señores, el desarrollo del pensamiento de la filosofía griega; empeño en que debo pedir anticipadamente perdon á mis oyentes por lo difícil del asunto. Todas las ideas que hemos explicado en nuestras lecciones anteriores se aplican á esta leccion. En Oriente predomina el sentido re-

ligioso; sus sistemas filosóficos están envueltos en sus sistemas teológicos. En Grecia predomina el sentido filosófico; los libros de sus filósofos son la negación radical de los libros de sus sacerdotes. Para que la verdad filosófica nazca, es necesario que los pueblos entren con fé en la edad de la razon, y comprendan que hay una vida en el espíritu superior á la vida de la naturaleza. Cuando un pueblo tiene sed de progreso, cuando no le satisface ni las instituciones sociales, ni las instituciones políticas que le rodean, cuando la realidad le atormenta, y sin embargo espera, se refugia en la región pura del pensamiento, donde encuentra luz su esperanza. La inmovilidad del Oriente con su espíritu apegado á sus tradiciones, no podia ser idónea para la filosofía; al paso que la movilidad de la Grecia, ese ardor, ese afan, ese anhelo por una nueva vida, por un nuevo pensamiento que habia en aquella sociedad, fué uno de los incentivos más grandes que pudieron llevar al pueblo á explayarse en el seno inmenso de la ciencia. Además, es necesario para el desarrollo filosófico un gran espíritu individualista; porque así como las religiones pertenecen á clases, á pueblos, la filosofía pertenece á individuos, ó cuando más, á escuelas. Todas las primeras ideas de la filosofía empiezan por ser una protesta de un individuo contra el sentido comun, y concluyen por ser el sentido comun de los individuos, de los pueblos y

de las generaciones. Señores; en Oriente el hombre está apegado al sentido comun del pueblo, á la religion de sus padres, y le es difícil, si no imposible, descender de la concepcion del sér absoluto á la concepcion del individuo; y en Grecia, al contrario, el estado es una ciudad individual, los dioses individuos, los dogmas pura poesia, y le es fácil al hombre levantarse desde la concepcion de lo particular, de lo contingente, á la concepcion de lo general, del sér, de la sustancia. Pero Grecia comprende la misma sustancia que el Oriente, bien que la individualiza y descompone, y por eso es como un término medio en el desarrollo dialéctico de la humanidad.

Más ¿cómo se divide esta filosofía? Esta filosofía es una série de pensamientos de tal suerte encadenados, que si quitais un solo filósofo, no es posible, no es dable concebir la ciencia. Parece la filosofía griega un libro escrito por un sabio *á priori*, y no una sucesion de escuelas, que han aparecido en el tiempo y en el espacio. Cada uno de los filósofos que aparecen es un instante supremo, un eslabon indispensable en una larga cadena de pensamientos. Todos ellos componen la ciencia griega, la filosofía griega, que es en aquel tiempo la ciencia y la filosofía de la humanidad. Examinadla y encontrareis que el pensamiento griego se desarrolla como un gran individuo, y toma las mismas fases que nuestra vida, y

pasa por las mismas edades que el hombre. Nace el niño, y al despertarse al conocimiento, la inocencia llena con sus perfumes toda su alma; el mundo que le rodea le encanta, su madre que le enseña á balbucear las primeras palabras es su única maestra, su oráculo; el ángel de la fé se cierne sobre su frente; ilusiones purísimas brotan en su espíritu, á manera que las primeras flores en los arbustos; su ánimo presta asenso á todo cuanto ve sin examinarlo, y cree que el mundo acaba donde acaban los últimos límites de su tranquilo horizonte; pero á esa edad de creencias, de fé ciega, sucede una edad de oposicion, en que el niño, tocando en la juventud, duda de todo, se aísla en su personalidad, desprecia la naturaleza, cree que se basta á sí mismo y que dentro de sí tiene toda la ciencia y toda la vida, y mide por su personalidad todo el mundo, por sus ideas todos los espíritus, por sus pasiones toda moral; edad en que brota y se fortifica la idea del individuo, pero edad no muy duradera; porque bien pronto conoce el hombre que la duda y la negacion siempre han de ser infecundas, que su individuo no es bastante á llenar todos los fines de la vida, que su pensamiento no puede tocar todas las esferas de la ciencia, que necesita pensar, creer y amar, y entonces une sus ideas de jóven con su fé de niño en amoroso beso, y para completar su existencia, busca una nueva familia

y entra en la edad, que pudiéramos llamar de armonía, en que realiza las relaciones de su espíritu con los demás espíritus y esferas de la vida, con Dios por medio de la religion, con el espíritu humano por medio de la ciencia, con la sociedad por medio de la familia, con el estado por el ejercicio del derecho; edad madura en que toda la vida se equilibra; hasta que sus ideas toman una tendencia práctica, positiva, se deshacen de aquel espíritu poético de la inocencia, de aquel carácter caballeresco de la juventud, viven, descontentas de lo imaginario, en lo real, en lo cierto; y traspuestas ya las edades principales de la vida, el espíritu, próximo á la eternidad, quiere atravesar la densa oscuridad del sepulcro, convierte los ojos al cielo, pone su confianza principalmente en Dios, y al mismo tiempo, volviendo sobre toda la vida, recoge sus ideas, sus acciones, sus ejemplos, la muy larga enseñanza que se desprende fatalmente del tiempo, y la reparte pródigo entre sus hijos, para dejar en los que han de sucederle, como una estela pura y luminosa, la verdadera esencia de su vida y de su alma. (Aplausos.)

Este mismo carácter de la vida humana tiene la ciencia griega; por estas mismas edades pasa el pensamiento. El niño cree en todo lo que le rodea; cree que el monte de donde sale el sol es su cuna, que más allá de su horizonte no hay nada, que la reina de la noche se posa en los árboles y

se baña en los lagos; y la filosofía jónica, inocente como el niño, no ve el espíritu, no vé la idea, solo vé la naturaleza; y de la naturaleza el agua, que es lo que hay más cercano á su pensamiento y á sus ojos. Pero así como el niño pasa por grados de la inocencia á las pasiones, de la infancia á la juventud, el pensamiento va siempre por grados de la naturaleza al espíritu; grados admirablemente seguidos, con lógica inflexible, por todos los filósofos jónicos, desde Thales de Mileto hasta Anaxágoras, que constituyen una serie lógica, de tal suerte encadenada, que parece más bien el raciocinio lento y trabajoso de un solo individuo que la sucesion de varios individuos en una misma escuela; con tanto rigor se enlazan todos sus pensamientos. Entre la niñez y adolescencia hay un término medio, un tránsito suave y necesario; término medio que está representado en la esfera del pensamiento por la escuela pitagórica, la cual busca por base una nocion, que tiene á un tiempo realidad en el mundo y realidad en la conciencia, en el espíritu; una nocion, que señala admirablemente el paso del pensamiento de un estado á otro estado más perfecto, el número.

La juventud que se aísla, inclinada á encerrarse en sí, á mirar solo su espíritu, está representada por la escuela eleática, que niega el mundo externo, que se aparta de la naturaleza, que se

encierra dentro de principios abstractos; escuela, que dará de sí á los sofistas, destinados á demoler todas las ideas, á descomponer todo la ciencia, y á mostrar que el espíritu no puede vivir contemplando solo su propia esencia, sino que necesita de misteriosas relaciones, de enlazarse con todas las esferas de la vida.

La edad que inmediatamente sigue á la apasionada juventud, la edad de equilibrio en la vida, de armonía en las ideas, de concierto entre la razón y la naturaleza del hombre, entre la ley del entendimiento y la ley de las acciones, edad feliz, está representada por el gran movimiento socrático puro, que comienza en el mártir de la filosofía, en Sócrates, cuyo pensamiento capital consiste en fundar la ciencia en el hombre, y sigue en Platon, que establece las relaciones del hombre con Dios, y termina en Aristóteles, que establece las relaciones del hombre con la naturaleza.

Mas luego, la edad en que las ideas toman esa tendencia práctica, positiva, verdadero signo de la aproximacion de la decrepitud, esta edad está representada por las escuelas estoica y epicúrea, que lejos de mirar al cielo miran á la tierra, que no buscan las ideas abstractas, ni el conocimiento de lo incondicional y absoluto, sino que buscan las leyes prácticas y el conocimiento de la vida terrena; escuelas más bien de conducta que de

ciencia, más bien de moral que de metafísica, más positivas que sistemáticas; escuelas que indican ya, al par de otros mil signos compañeros de su aparicion en el tiempo, la cercana muerte del hombre antiguo.

La última edad del hombre y de la ciencia antigua, es la escuela de Alejandría. El pensamiento griego examina toda su vida, vuelve sobre todas sus ideas, las recoge, y funda el eclecticismo sincrético, que es el signo evidente ya de su descomposicion y de su muerte. Despues mira al cielo, como el anciano próximo á la tumba, se va apartando de la vida práctica, del mundo real, de todo cuanto le rodea, y pone sus pensamientos, sus ideas, toda su vida en la eternidad, que vé cercana, en Dios, objeto único ya de su deseo; sér en que va á dilatarse su alma al pasar de la vida á la eternidad. Y así la filosofía griega recorre todas las fases de la vida humana, todas sus edades, y pasa por todas sus trasformaciones. Examinemos en sí todas estas épocas.

El carácter del primer período es la unidad de principio y la unidad de fin. Busca la inteligencia el gran elemento generador de todas las cosas, y lo busca para explicar el mundo. El carácter de la filosofía es dogmático, el criterio tiene más de fé que de raciocinio; la escuela parece una religion, y hasta sus palabras son símbolos. Tales de Mileto, habitando las islas Jónicas, viendo

por do quier el agua que le rodea, que le arrulla, que produce tantos séres, como el niño atribuye los efectos de causas lejanas á lo mismo que hiere su sentido, cree con la inocencia propia de la niñez del pensamiento, que el agua es origen de todas las cosas, la poderosísima y exuberante sávia del mundo.

Los filósofos que le suceden van espiritualizando el principio, van haciendo más progresivos los términos dialécticos. Anaximenes de Mileto cree que el aire es el primer principio de la vida y del mundo, principio ya más espiritual, y encuentra oposicion entre el gran elemento creador y las cosas creadas. ¡Gran instante del espíritu! La serenidad de la infancia se va á concluir; el espíritu siente ya ardor guerrero, necesidad de lucha; suyo será el mundo de la inteligencia, que es el gran premio del combate. En este instante el pensamiento del hombre presiente su destino; un relámpago ha iluminado los abismos que hay sobre su cabeza, y ha entrevisto lo infinito, y levantándose de la tierra, tiende los brazos al cielo y se siente lleno de una inspiracion, que no puede comprender, y una tristeza infinita, la tristeza del desterrado, le posee; tristeza representada admirablemente por el gran Heráclito, cuyas lágrimas han pasado á ser proverbiales en la lengua vulgar de los pueblos, como si todo el espíritu humano se acordára de este instante supremo de su vi-

da. El fuego que arroja en ardientes flechas el sol; el fuego que alimenta en sus entrañas la tierra; el fuego en que se bañan los mundos; el fuego que hace fecunda la tierra; el fuego que es el espíritu y el amor de la naturaleza, para Heráclito es el principio de la vida; pero la vida no está en lo abstracto, ni en lo general; la vida está en lo que sucede, en lo que pasa á nuestros ojos, en el movimiento que arrastra consigo á todos los séres; movimiento que se desenvuelve por grandes oposiciones, por grandes luchas, de las cuales resulta la armonía, como de las fuerzas que tiran en sentido contrario de la cuerda de la lira nacen esas vibraciones que inundan de placer este elemento interior, esta mónada sublime que Heráclito no puede comprender, encerrada en nuestra frente, y que reproduce y refleja todo el universo. ¡Ah! este pensamiento sublime de Heráclito va á quedar largo tiempo dormido para reproducirse más tarde como todos los grandes pensamientos. Con razon, un sublime filósofo moderno, al llegar en su historia de la filosofía á este punto, grita: «tierra, tierra,» como Colon delante del nuevo mundo. En efecto, Heráclito ha dicho que el verdadero sér es el sér concreto; que la lógica es real, y procede por oposiciones; que en el interior del hombre hay un fuego sublime, una sublime mónada, preludiando así el advenimiento de Sócrates. El pensamiento de Heráclito quedará es-

condido en la conciencia como la semilla se oculta en la tierra, para dar luego de sí esos hermosos y corpulentos árboles á cuyos piés se estrellan los huracanes y los siglos.

La filosofía jónica que hemos estudiado, admitía el principio dinámico; mas por medio de graduaciones sucesivas debia engendrar el principio mecánico, que separa la filosofía jónica de la pitagórica. Anaximandro admite la unidad infinita de que todo emana y á que todo vuelve, haciendo provenir los séres de esa unidad infinita, como los átomos de luz provienen del sol, como las gotas de agua que componen una catarata provienen del impulso del propio movimiento, y volver todas las cosas á esa misma unidad infinita, como los átomos de luz se replegan en el sol cuando toca en el ocaso, y las gotas de agua vuelven á entrar con la catarata, en su cauce, misteriosísimo círculo de la vida, que los antiguos representaban por medio de aquella simbólica tornasolada serpiente que se mordía la cola.

Pero esta aplicacion no podia de ninguna suerte satisfacer á la ciencia. Entonces apareció Anaxágoras. El movimiento no está en las mismas cosas, que lo llenan todo, las cosas esparcidas y desparramadas por los infinitos espacios. El movimiento sigue una progresion perpétua, indefinida. Pero ni el mundo, ni sus partes, ni las cosas, ni sus determinaciones, ni el movimiento, ni la

misma progresion del movimiento, ni la ley, ni el fenómeno pueden explicarse á los ojos de Anaxágoras, sino apelando á una fuerza motriz; y esta fuerza motriz no puede ser otra que el espíritu, soplo de vida, el espíritu, que ordena y concierta las cosas, el espíritu, que es opuesto, sí, pero superior, indefinidamente superior á las mismas cosas, al mundo material. Este espíritu, no bien definido, este espíritu indeterminado, indeciso, que todavía no se conoce bien á sí mismo, antes idealizacion de la materia que sér en sí y por sí; este espíritu superior, contrario y opuesto á las cosas creadas, levantándose del seno de la naturaleza, debia descomponer la escuela jónica, debia matarla; no de otra suerte que el fruto, aunque lleva en su seno la semilla, necesita secarse y morir, para que la semilla caiga en la tierra y produzca nuevos árboles, y extienda y propague la vida. ¡Qué relaciones tan misteriosas hay entre el espíritu y la naturaleza!

Al llegar aquí la escuela jónica, estaba descompuesta y muerta, porque admitía un principio distinto de la naturaleza. Ahora, señores, todo el trabajo de la filosofía va á consistir en concretar y buscar dónde reside ese espíritu. Ya lo veis, señores, del agua, la filosofía ha subido al aire, del aire al fuego, del fuego al sér infinito, del sér infinito al espíritu; admirable escala por donde el hombre asciende á la verdad y al cielo.